

SOBRE ALGUNAS PRESUPOSICIONES DE LA ARQUEOLOGIA POSTPROCESUAL

Lic. Cynthia Pizarro¹

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar algunas vinculaciones existentes entre la Teoría Social y Antropológica y algunos planteos de las corrientes arqueológicas postprocesuales. Primero, analizo el contexto sociohistórico de las distintas teorías sociales para comprender, de una manera contextual, a las corrientes arqueológicas y, especialmente, a aquellas enmarcadas dentro de la Nueva Arqueología.

Posteriormente, analizo algunos de los postulados de estas últimas corrientes y los presupuestos metateóricos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que las subyacen. Para ello tomo como ejes analíticos las siguientes relaciones: grupo - contexto sociocultural, estructura - proceso, individuo - cultura, resto material - símbolo, arqueólogo - conocimiento y arqueólogo - sociedad actual.

Mucho se ha hablado sobre la oposición entre arqueólogos procesuales y postprocesuales, ya sea en relación con aspectos epistemológicos, teóricos o metodológicos. En esta ocasión quisiera hacer hincapié en las vinculaciones existentes entre la teoría social y antropológica y algunos planteos de las corrientes arqueológicas postprocesuales. Analizaré el contexto sociohistórico en que se desarrollaron las distintas teorías sociales durante los últimos veinte años y su relación con los cambios en las presuposiciones que tienen los científicos sociales sobre el mundo, la sociedad, el hombre, el conocimiento y la teoría.

Estas presuposiciones son preteóricas (Alexander 1992) y son las que influyen, en última instancia, en la elección que hacen los científicos de sus modelos explicativos. Más que buscar la adecuación de las explicaciones a la realidad o la coherencia interna de las argumentaciones, los investigadores desarrollan, adoptan y defienden aquellas teorías que coinciden con sus presupuestos acerca de la realidad. Quisiera señalar también el hecho que, gracias a la autocrítica, el investigador puede reconocer este proceso así como cambiar de marco teórico creando nuevas argumentaciones o adoptando otras.

En el período de posguerra los norteamericanos reafirmaron la creencia en el progreso material basado en la razón, en la habilidad y en la capacidad de los individuos para operar con éxito en este mundo. Esta creencia, junto con el cambio del centro geográfico productor de la ciencia: de Europa a los Estados Unidos facilitó el desarrollo norteamericano de programas de investigación que propiciaran la excelencia científica. El modelo de las ciencias naturales fue, para los científicos sociales, una aspiración a alcanzar; el sinónimo de conocimiento objetivo y verdadero.

¹ Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Paralelamente a ésto, se popularizó la creencia en que existían dos tipos de conocimiento: el nomotético y el ideográfico.

El conocimiento nomotético era aquel que buscaba explicar y predecir los fenómenos subsumiéndolos en leyes generales que dieran cuenta de la regularidad universal de dichos procesos. Era el modelo de conocimiento científico por excelencia y se convirtió en la meta de todo investigador que quisiera jerarquizar sus explicaciones con un status científico.

En contraste, el conocimiento ideográfico era aquel que se ocupaba de describir las particularidades locales. Intentaba comprender las características de los acontecimientos que dan cuenta de la diversidad temporal y espacial. Este tipo de conocimiento era vinculado con la historia y las humanidades y no poseía el status de conocimiento verificable o contrastable. Aquellos investigadores que quisieran producir conocimiento científico debían dejar de lado este tipo de argumentaciones y tender a la búsqueda de leyes universales. Particularmente los científicos sociales se vieron compelidos a explicar la realidad social desde una perspectiva nomotética para hacer ciencia.

Otro factor interesante a tomar en cuenta es el contexto sociohistórico con el que se identificaban estas posturas en el marco de la segunda guerra mundial. La tendencia ideográfica era relacionada con Dilthey, pensador alemán que postulaba la comprensión de los procesos sociales, diferenciando así entre ciencias sociales o del espíritu y ciencias naturales. Posteriormente Husserl criticó a los positivistas en tanto tomaban a los hechos como cosas objetivas, desarrollando la corriente fenomenológica. Desde la otra orilla del Atlántico, estos autores eran considerados como relativistas y acientíficos, cuya postura podía desembocar en la justificación del nazismo y del fascismo -uno de los dos "cucos" norteamericanos además del comunismo.

Así las cosas, dentro de las ciencias sociales norteamericanas, Boas y sus discípulos habían tomado en cuenta la necesidad de conocer a las culturas tal cual son y postularon el particularismo histórico. Específicamente en arqueología se asistió, durante la primera mitad del siglo, al desarrollo de la corriente histórico-cultural. Tanto Boas como los primeros teóricos de esta última corriente fueron formados en Alemania, bajo la influencia de lo que he denominado "tendencia ideográfica". Se pretendía comprender la diversidad regional de las secuencias culturales históricas, utilizando conceptos tales como estilo, áreas culturales, difusión. El concepto de cultura era normativo: existían reglas a las que los individuos debían adecuarse sin poder modificarlas y el cambio era considerado como un factor desencadenado por agentes externos a la cultura en cuestión.

Frente a este desarrollo, hacia la década del '60 surgió una tendencia crítica en las ciencias sociales. Aquella que postulaba una mayor rigurosidad científica en la producción del conocimiento sobre la sociedad. Este rigor se tradujo en la búsqueda de leyes universales que dieran cuenta de los hechos particulares. La corriente nomotética fue exaltada y la lectura de ciertos filósofos de la ciencia como Hempel y Popper fue el apoyo epistemológico para estas pretensiones.

Los modelos teóricos provenientes del funcionalismo, del neoevolucionismo, de la teoría de los sistemas y del materialismo cultural fueron considerados por los científicos sociales como potenciales marcos explicativos de la realidad. Los arqueólogos, en particular, adscribieron a los postulados de la Nueva Arqueología que se proponía dar cuenta de las leyes que rigen los procesos de cambio en las sociedades humanas, tanto a nivel histórico como geográfico. Por otra parte, esta corriente pretendió cortar relaciones con la "historia", entendida como no-ciencia, y adoptar un cariz más antropológico, entendida la antropología como ciencia capaz de establecer leyes generales para explicar el comportamiento humano.

La búsqueda de regularidades se convirtió en el "leit motiv", pero pronto se descubrió que las únicas regularidades posibles de ser enunciadas eran aquellas concernientes al mundo físico en el que vive el hombre. El comportamiento humano, más que caracterizarse por las regularidades, es típicamente diverso tanto espacial como temporalmente.

Los problemas no sólo se dieron a nivel teórico. A nivel epistemológico no se pudieron dar explicaciones específicamente causales del comportamiento humano, sino que se hizo evidente que las explicaciones en ciencias sociales son funcionales y probabilísticas. Esto generó, hacia fines de los '70, un debate en las ciencias sociales y en la arqueología en particular (Renfrew et. al. 1982).

Entre los '60 y los '80 la situación social norteamericana cambió. Se había estrellado el paradigma del hombre americano que con esfuerzo puede alcanzar cualquier meta que se proponga gracias a la razón, a sus habilidades, y a la existencia de condiciones político sociales adecuadas: libre empresa asegurada por el sistema capitalista y el desarrollo basado en el avance del conocimiento científico. La crisis del sistema capitalista mundial, la guerra fría, las experiencias de Corea y Vietnam y el surgimiento de movimientos sociales contestatarios crearon otro clima para la producción de las ciencias sociales.

A nivel teórico también la pretensión parsoniana de crear un paradigma capaz de dar cuenta de la acción social desde un análisis multivariado había fracasado tanto debido a su propio desarrollo parcial del modelo, como a la de sus seguidores. Otras líneas teóricas estaban surgiendo en oposición a su hegemonía: Berger y Luckman, Blumer, Garfinkel, Goffman, Sacks, entre otros. Estas corrientes retomaban la preocupación por la explicación del comportamiento humano a nivel microsocial que había sido propuesto a principios de siglo por las corrientes fenomenológicas y particularistas.

En Francia se desarrollaron otras líneas teóricas: el neoestructuralismo y el neomarxismo que también se oponían al neofuncionalismo parsoniano. Ambas posturas, si bien compartían con algunos análisis funcionalistas la pasividad del individuo frente a la estructura social, diferían sustancialmente en el concepto de estructura y de cambio social.

En Alemania primero y posteriormente en Estados Unidos, los pensadores de la Escuela de Frankfurt desarrollaron la Teoría Crítica. Esta corriente postulaba, entre otras cosas, una lectura distinta del concepto de ideología marxista (frente al

marxismo ortodoxo), así como de la relación científico - producción del conocimiento (frente a los planteos positivistas de principios de siglo).

Paralelamente, tanto en las ciencias "duras" como en las "blandas", entraron en crisis las concepciones acerca del conocimiento y de la relación sujeto-objeto en la producción de explicaciones científicas. La objetividad, la veracidad y la posibilidad de descubrir leyes generales universales fueron ideales que poco a poco sucumbieron según los estudios de los filósofos de la ciencia.

Estos nuevos movimientos intelectuales se reflejaron en el surgimiento de una serie de críticas a la Nueva Arqueología, tanto desde un punto de vista epistemológico como teórico y social. En cuanto al aspecto epistemológico se cuestionó la capacidad de esta corriente de descubrir leyes significativas referidas al comportamiento humano. Desde el punto de vista teórico se destacaron las limitaciones de los modelos sistémicos, funcionalistas y materialistas culturales, tanto ambientales como económicos. En cuanto a la praxis social de los nuevos arqueólogos se criticó la utilidad del discurso arqueológico para justificar la desigualdad del sistema capitalista.

Distintos arqueólogos intentaron proponer una arqueología alternativa a la Nueva Arqueología norteamericana de los años '60. Provenían tanto de las mismas huestes de la Nueva Arqueología como de otros horizontes. Las nuevas corrientes recogieron las influencias de marcos teóricos neoestructuralistas y neomarxistas, así como de aquellos provenientes de la lingüística, de la antropología simbólica y de la teoría crítica. Todas ellas comparten la crítica a ciertos postulados de la Nueva Arqueología y proponen, en diversos grados, reconsiderar a la arqueología como una ciencia social que intenta dar cuenta de las particularidades y diversidades del comportamiento humano plasmado en los conjuntos de los restos materiales a los que acceden los arqueólogos.

A continuación, analizaré algunos de los postulados de estas corrientes: a) la relación grupo-contexto sociocultural, b) la relación estructura-proceso, c) la relación individuo-cultura, d) la relación resto material-símbolo, e) la relación arqueólogo-conocimiento, f) la relación arqueólogo-sociedad actual.

a) La relación grupo - contexto sociocultural:

Actualmente, existe una tendencia creciente a abandonar el enfoque de los grupos socioculturales como unidades cerradas y fuertemente cohesionadas. Por un lado, se destacan sus vinculaciones con otros grupos y por el otro, se analiza la existencia de subgrupos con diferentes intereses en el interior de cada unidad. Asimismo, se toma en cuenta el papel que desempeñan los estímulos externos en los procesos de cambio sociocultural; los antiguos conceptos de difusión y de migración han sido retomados.

Se han tomado en consideración conceptos provenientes de diversos marcos teóricos. Por una parte, la noción de larga duración del historiador Braudel para distinguir entre procesos gradualmente acumulativos y saltos cuantitativos significativos en un período corto de tiempo. Por otra parte, la teoría de sistema-

mundo de Wallerstein ha influido en muchos trabajos. Sobre esta base se considera que las sociedades de la antigüedad, al igual que las actuales, estaban interconectadas a nivel macrorregional. Las ubicadas en áreas periféricas proveían de materia prima a las residentes en áreas nucleares.

Estos estudios postulan que aún las sociedades de cazadores-recolectores estuvieron vinculadas, en algún momento, con otro tipo de sociedades, y no constituyeron un sistema cerrado que únicamente se relacionaba con el medio ambiente. Por lo tanto, los factores de cambio pudieron haberse originado en las relaciones intersociales y no sólo en la relación con el medio ambiente.

Además, se toma en cuenta la posible incidencia de factores ideológicos tales como sistemas de creencias en los procesos de cambio. Este tipo de consideración se relaciona con los planteos realizados por Weber en su análisis del origen del sistema capitalista. En contraposición a la visión materialista de la teoría marxista que atribuía este origen al cambio en la relación entre fuerzas de producción y relaciones de producción, Weber sostenía que la incidencia de factores ideológicos tales como la concepción de la religión protestante acerca del trabajo y del esfuerzo individual, favorecieron el surgimiento del sistema capitalista en determinado momento histórico y lugar geográfico (Inglaterra en el siglo XVIII) y no en otro contexto en donde las mismas posibilidades materiales estaban dadas (China).

b) La relación estructura - proceso:

Como mencioné más arriba, existen algunas líneas que cuestionan el énfasis de algunos arqueólogos en producir generalizaciones acerca del comportamiento humano que puedan dar cuenta de los cambios históricos y de las diferencias geográficas. La Nueva Arqueología postulaba que el estudio de los procesos adaptativos podía ayudarnos a explicar estos cambios.

La crítica a estos estudios proviene fundamentalmente de los desarrollos estructuralistas y neomarxistas según los cuales, el concepto de estructura no se fundamenta en aquellas características visibles en la superficie, según postula el modelo de roles y relaciones postulado por la corriente funcionalista. Desde una perspectiva estructuralista, la estructura es aquel principio organizativo y profundo, no visible, que le otorga significado al mundo natural a partir de un sistema de oposiciones y de simetrías. Desde un punto de vista marxista, el concepto de estructura hace referencia al esquema de las interacciones productivas que se esconden tras la realidad visible de las relaciones sociales.

"A pesar de estas diferencias básicas, todos estos usos del término implican algo que no resulta visible en la superficie -un esquema o principio organizativo, no necesariamente rígido ni determinante, que es inmanente, visible sólo a través de sus consecuencias o efectos" (Hodder 1988:183).

Es por ello que las nuevas posturas plantean el análisis del cambio no ya en términos de las consecuencias visibles en los restos materiales de los procesos "objetivos" históricos o adaptativos sino en términos de los cambios en las estructuras

profundas, tanto de significado como de interacción socio-productiva, que subyacen a determinadas organizaciones socioculturales. Estos cambios pueden provenir, entonces, tanto del interior como del exterior del grupo en cuestión. Y pueden tener su origen en la atribución de significados al mundo así como en las relaciones productivas.

Se sostiene que la historia de estos cambios, entonces, no obedece a leyes universales que rigen el comportamiento humano, sino que está conformada por las particularidades y acontecimientos únicos que varían de acuerdo a las distintas relaciones entre estructura y cambio, y entre individuo y cultura. No se busca explicar sólo "las regularidades de las interrelaciones culturales, sino también las particularidades, las diferencias individuales y los contextos específicos que distinguen un caso concreto de cambio social de otro" (Trigger 1992: 317).

c) La relación individuo - cultura:

La concepción de cambio social que postulan las nuevas corrientes considera al ser humano como eminentemente activo. Independientemente de si se concibe al cambio como algo impuesto desde afuera u originado en el interior del grupo sociocultural; como una condición material de la existencia a la que el individuo se tiene que adaptar o como el resultado de un cambio en la atribución de significados al mundo material. El ser humano es un creador activo de sus condiciones de existencia.

Estos postulados provienen de la teoría de la estructuración propuesta tanto por Giddens como por Bourdieu, en la que existe una relación recursiva entre estructura y práctica:

"... la estructura es tanto el medio como el resultado de la acción. El individuo desempeña un rol fundamental como elemento autorresponsable, creativo y con grados de competencia. La cultura material en concreto juega un rol profundamente activo, creando la sociedad y creando un cambio continuo" (Hodder 1988:95).

Los individuos nacen en un sistema sociocultural que los condiciona desde su socialización y estructura, un sistema de opciones o "habitus". Sin embargo, en virtud de su capacidad creativa, los individuos no son sujetos pasivos que fácilmente pueden ser moldeados, sino que son capaces de desarrollar diversas estrategias de cambio o de adaptación frente a este sistema de opciones.

Esta teoría de la estructuración pretende conciliar, por un lado, las limitaciones provenientes de modelos estructurales monolíticos marxistas, que consideran al individuo como un sujeto pasivo, que es moldeado por la ideología de los grupos dominantes. Por el otro, las limitaciones provenientes del individualismo metodológico, para el que el individuo es un actor social capaz de optar entre una variedad infinita de posibilidades de acción gracias a que no está constreñido por una estructura social. Es decir, los individuos van creando a la estructura en sus interacciones.

De esta forma, se intenta paliar la normatividad de los enfoques teóricos anteriores, tanto de la escuela histórico-cultural, como de las corrientes funcionalistas, estructuralistas y marxistas.

d) La relación resto material - símbolo

La arqueología contextual propuesta por Hodder (1988) presupone que todo objeto producido por el ser humano fue hecho con una carga de significado. Así, toda actividad humana es producto de una actividad simbólica, tiene un significado. Estos significados se estructuran en un sistema de relaciones de oposición - similitud lo que posibilita su lectura o interpretación. Esta estructura se asemejaría a un lenguaje en el cual los símbolos adquieren un sentido por su vinculación con otros símbolos presentes (sintaxis) y por su oposición a otros símbolos ausentes (semántica).

Por otra parte, los restos materiales no sólo tienen un significado en sí mismos, sino que son depositarios de relaciones sociales. Estas relaciones son interacciones mediadas simbólicamente. A su vez, estas mediaciones simbólicas constituyen acciones que dan y toman sentido de esas mediaciones. Esto lleva a Hodder a plantear que la cultura material, como expresión de estas interacciones mediadas simbólicamente son, a la vez, resultado y condicionantes de la praxis humana. Un objeto material, en síntesis, no sólo es el resultado de la acción humana sino que también la condiciona.

Hodder retoma aquí los planteos procesualistas y neomarxistas según los cuales "la cultura material no es meramente un reflejo de la adaptación ecológica o de la organización sociopolítica, sino también un elemento activo en las relaciones de grupo que puede usarse para disfrazar así como para reflejar relaciones sociales" (Trigger 1992: 323). Cabría señalar una vinculación estrecha con la crítica que realiza Sahlins (1988) a las teorías fundamentadas en la razón práctica.

El método para comprender el significado de los restos materiales consiste en analizar todos los aspectos posibles de una cultura arqueológica para comprender el significado de cada una de las partes que la componen. Para "leer" el texto arqueológico se debe tener presente el sistema de oposiciones y similitudes presente en el contexto. Dicho sistema está conformado por el orden interno de todos los elementos culturales.

M. Salmon (1990) ha señalado oportunamente que aquí Hodder no critica a los arqueólogos procesuales por la inadecuación filosófica de su modelo explicativo, sino que propone una nueva ley general a la que debería adecuarse la explicación arqueológica:

"la diferencia entre el enfoque contextual y un rígido particularismo radica en el reconocimiento de que la teoría general es necesaria tanto para los métodos como para los objetivos de la arqueología contextual. Por ejemplo, se acepta la existencia de un 'lenguaje' universal de los significados de la cultura material que ayuda a 'leer' los 'textos' del pasado." (Hodder 1988:185).

Este planteo le critica a la Nueva Arqueología su limitación para explicar el significado de los objetos materiales. Sostiene que, a lo sumo, se logra explicar la

función que los mismos tenían en determinada cultura siempre tomando en cuenta que el arqueólogo, en su argumentación, le está adscribiendo una funcionalidad proveniente de los preconceptos de su propia sociedad acerca de las funciones de los objetos materiales. Sin embargo, según el planteo contextualista, el atribuir una función a un objeto sólo nos habla del sentido sintáctico del mismo y no de su significado semántico. Es decir, no se da cuenta de por qué se utilizó ese objeto en particular y no otro que pudiera haber desempeñado la misma función. Esto remite a la discusión sobre si las explicaciones funcionales pueden ser consideradas de igual modo que las explicaciones causales (Salmon, W. 1982, 1990 y 1992).

Finalmente, se plantea que la Nueva Arqueología ha defendido su escasa preocupación por los contenidos ideales de las culturas que estudia partiendo del supuesto que no puede tener acceso a las estructuras simbólicas sino únicamente a los desechos de una cultura determinada. Esto es así para la arqueología, a diferencia de la antropología social y la historia que sí tienen acceso a los significados. La primera, porque puede conversar con los sujetos sociales involucrados. La segunda, porque tiene acceso a los textos escritos que son a su vez interpretaciones de hechos históricos.

Esta postura es criticada en la medida en que, como planteé unas líneas más arriba, los restos materiales no son restos "materiales" sino restos "culturales" ya que fueron producidos por seres humanos. El hombre, al producir, no deja de pensar ni de atribuir significado -como quisieran muchos empresarios y políticos actuales-, sino que todas sus acciones están mediadas simbólicamente.

Por otra parte, aún cuando los antropólogos sociales podemos hablar con la gente personalmente, ello no implica que tengamos acceso a los significados o al plano simbólico directamente. Las estructuras simbólicas no son siempre concientes ni son accesibles a la pregunta: ¿por qué?. Esta presunción se apoya en un concepto positivista y objetivista de estructura. Los antropólogos, al igual que todos los científicos sociales y que todo el resto de los hombres, interpretamos los significados.

Finalmente, aún cuando los historiadores trabajan con textos históricos, no se diferencian en mucho de los arqueólogos. Ambos tienen acceso a restos materiales o culturales: los restos arqueológicos son tan materiales como los textos históricos. Y ambos deben interpretarlos de acuerdo a su contexto. Lo contrario sería presuponer que un texto histórico nos cuenta lo que "objetivamente" pasó. Por lo tanto, no tendría por qué haber dos documentos históricos que se contradigan, y, por otra parte, en la medida que se tuviera acceso a los textos históricos no haría falta que un historiador los analizara sino que simplemente los tendría que transcribir.

e) La relación arqueólogo - conocimiento:

En las líneas precedentes ya he hecho algunos comentarios al respecto de este punto. Estas reflexiones se enmarcan en el contexto sociohistórico de los años '90, momento en el cual se asiste a nuevas discusiones en la filosofía de la ciencia. Actualmente, existe una serie de posturas opuestas al empirismo lógico, que en los años '60 era postulado como el único medio de acceso a un conocimiento científico

que, a su vez, se proponía como la única forma de conocer la realidad objetiva y certeramente.

Estas nuevas posturas post-empiristas son variadas. Existen posiciones constructivistas, que plantean que todo intento de conocer es igualmente válido y que el conocimiento es una construcción del sujeto cognoscente. Pero también hay posiciones intermedias, que plantean que existe una realidad que limita las argumentaciones construidas por los seres humanos y que, en la medida en que los científicos estén atentos a ella, podrán crear un conocimiento más apropiado que otros que desconozcan los hechos de la realidad.

Todos los planteos post-empiristas reconocen, sin embargo, la imposibilidad de conocer la realidad "tal cual es", debido al sesgo con que el sujeto cognoscente tiene acceso a los hechos del mundo. Dicho sesgo se manifiesta en la subjetividad que los sentidos del ser humano, mediadores entre la mente y las cosas, imponen al conocimiento así como en la influencia que tienen los supuestos teóricos y metateóricos en las preguntas que el investigador realiza a la realidad.

Por otra parte, las últimas tendencias epistemológicas subrayan la complejidad del mundo tanto social como natural; la existencia de acontecimientos imposibles de ser explicados por leyes causales, o subsumidos en regularidad alguna, y la mayor pertinencia de aplicar distintos conjuntos de argumentaciones como modelos explicativos válidos de un mismo hecho.

El cuestionamiento por el grado de "objetividad" y de "certeza" que podía alcanzarse en las ciencias sociales no tardó en hacer mella en distintos investigadores. Desde la teoría crítica, pasando por los planteos hermenéuticos, a la corriente posmoderna se comenzó a cuestionar el rol del investigador en la construcción del conocimiento y la incidencia de sus supuestos teóricos y metateóricos.

Se cuestionó la justificación que ha venido brindando la ciencia a las distintas etapas del capitalismo occidental. Se puso sobre el tapete la supremacía y legitimación que este sistema le otorga al discurso científico, a sus productos-tecnología- y a sus productores -investigadores y universitarios- por sobre los otros tipos de conocimiento. También se comenzó a criticar la autoridad del científico para apropiarse de la palabra y para explicar el mundo social de los otros. Incluso se cuestionó la creación de los "otros" marginados al convertirlos en objeto de estudio científico.

Muchos de los arqueólogos enmarcados en la Nueva Arqueología hoy reconocen algunos de estos puntos. Sobre todo el hecho de que la arqueología no puede encontrar leyes causales interesantes bajo las cuales poder subsumir las variaciones del comportamiento humano. Aceptan la incidencia de los supuestos teóricos y metateóricos en sus explicaciones. Y algunos, cuestionan el grado de intervención del investigador en la producción y construcción de los datos arqueológicos.

Sin embargo, otros arqueólogos intentan ser más corrosivos. Abandonan los presupuestos realistas y defienden la postura epistemológica constructivista. Sostienen que toda argumentación sobre el pasado es una construcción sobre el mismo, una interpretación o lectura que, por más científica que sea, no puede erigirse como mejor

que una novela o un mito. Todos los tipos de conocimiento son válidos por igual dependiendo del contexto de producción, legitimación y aplicación de los mismos.

f) La relación arqueólogo - sociedad:

Algunos arqueólogos, siguiendo el signo de los tiempos, se cuestionan el papel que ha jugado la arqueología como legitimadora del dominio de la clase burguesa en las relaciones sociales capitalistas occidentales (Kehoe 1992, Trigger 1992). En esta línea, se sugiere una relación activa entre praxis social y productos científicos. Los presupuestos ideológicos influyen en la elección de modelos teóricos para explicar determinados sucesos, pero a la vez, los mismos productos científicos (las explicaciones acerca del pasado) crean la realidad de la praxis social al brindar un contexto de justificación a las pretensiones de dominio burguesas occidentales que se basan en el progreso material.

De esta forma, se ha denunciado que los arqueólogos son, en su mayoría, varones provenientes de la clase media urbana occidental. Grupos minoritarios tales como: las mujeres, las clases obreras, los grupos indígenas y los intelectuales de países periféricos, entre otros, han quedado sistemáticamente excluidos de la producción arqueológica hegemónica.

Se ha criticado el rol político que jugó la ciencia social en general, y la arqueología en particular muchas veces de manera inconciente para los propios científicos. El surgimiento de la ciencia en el siglo XIX no sólo dio una apoyatura intelectual al sistema capitalista en desarrollo. La propia división de las ciencias sociales: sociología, antropología, arqueología, historia, economía política, entre otras, fue correspondiéndose con el sostén ideológico que cada uno de estos discursos brindaban en las distintas etapas del capitalismo.

Así, en un principio se relacionó a la sociología con el estudio de los grupos sociales occidentales y a la antropología con el estudio de los grupos sociales no occidentales. Posteriormente, cuando la diferencia entre sociedades occidentales y no occidentales no era tan tajante, la antropología se dedicó a estudiar a los grupos campesinos y/o marginales y la sociología a los grupos urbanos nucleares. La ciencia social fue especializándose cada vez más hasta mediados del siglo XX, momento en el cual cada una de las ciencias luchaba por adquirir un status científico similar al de las ciencias duras y por especificar su objeto de estudio particular. Sin embargo, distintas corrientes de la posguerra plantearon la necesidad de volver a unir a las distintas disciplinas en una ciencia social general.

La arqueología, por su parte, brindó un discurso legitimador del orden burgués naciente durante el siglo XIX. Esta ciencia respaldó la idea del progreso humano a través de distintas etapas: el salvajismo, la barbarie y la civilización. Asimismo, apoyó la creencia de que la sociedad europea era la representante de este último estadio que, obviamente, poseía una valoración positiva frente a los otros. A principios del siglo XX la arqueología continuó brindando sustento a las actividades colonialistas occidentales al caracterizar a determinados grupos indígenas como pasivos e incapaces de crear estrategias de resistencia frente a la invasión de otros

grupos más avanzados. Durante el período de postguerra algunas corrientes teóricas tales como el funcionalismo, el neoevolucionismo y el materialismo cultural, entre otras, contribuyeron con la construcción de argumentaciones arqueológicas legitimadoras del ideal de la libre empresa competitiva capitalista tan popular en los Estados Unidos.

Finalmente, la crisis del espíritu optimista capitalista se correlaciona con el surgimiento de corrientes simbólicas y críticas que rescatan el rol de los valores y de las ideas en la diversidad del comportamiento humano así como el rol activo del sujeto social en el desarrollo de los cambios; y que cuestionan el materialismo y mecanicismo postulado por la Nueva Arqueología. El auge de estas posturas obedecería a un cambio en las inclinaciones ideológicas de aquellos científicos que las proponen. Por otra parte, la producción arqueológica está abriendo el juego a grupos sociales minoritarios que habían sido sistemáticamente excluidos, valorándose su interpretación de la realidad sea ésta científica o no.

Cabría preguntarse, en este punto, si no estamos asistiendo a un nuevo contexto sociohistórico en el que esta supuesta apertura es coherente con un nuevo momento de tolerancia del sistema capitalista. Este momento se caracterizaría por la coexistencia de múltiples discursos, que no dejan de ser eso: meros discursos sin una base real que los sustente, sin un metarrelato o un fundamento ideológico, por lo que dejarían de representar un peligro para ciertos grupos sociales hegemónicos.

Antes de concluir quisiera plantear que este trabajo intentó mostrar algunos de los lineamientos existentes en las actuales corrientes arqueológicas que dieron en llamarse "postprocesuales" por su oposición a la "Nueva Arqueología" o "Arqueología Procesual". Intenté relacionar a estas corrientes con el contexto sociohistórico en el que surgieron y con algunos supuestos metateóricos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que las subyacen. Quisiera destacar que mi objetivo fue comprender a cada una de las corrientes de una manera contextual y no realizar una mera crítica simplificante que desconozca los contextos sociohistóricos de la producción científica.

Aún cuando en lo personal comparto ciertas críticas que estas corrientes realizan a los postulados de la Nueva Arqueología, considero que también las nuevas tendencias son criticables y discutibles. Por lo tanto, me niego a exacerbar la discusión y a atrincherarme en una rigidez extrema. Por el contrario, creo que es el momento de establecer un diálogo entre posturas "ideográficas" y "nomotéticas" cuya oposición irreconciliable fue producto de un determinado momento histórico. Actualmente estamos asistiendo a la apertura del "diálogo" entre distintos filósofos de la ciencia y sus paradigmas epistemológicos, ¿por qué no intentar lo mismo entre los científicos poniendo en tela de juicio nuestras propias presuposiciones?

S.F.V. de Catamarca, marzo de 1994

BIBLIOGRAFIA

ALEXANDER, J. 1992 *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Gedisa.

HODDER, I. 1988 [1986] *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona: Crítica.

KEHOE, A. 1992 Una visión paradigmática de la arqueología: la arqueología como una ciencia burguesa. (REYNAN, J. ed) *Rediscovering our past: essays on the history of American Archaeology*: 3-14. Aldershot (U.K.): Avebury.

RENFREW, C., M. ROWLANDS and B. SEGRAVES (eds.) 1982 *Theory and Explanation in Archaeology. The Southampton Conference*. New York: Academic Press.

SAHLINS, M. 1988 [1976] *Cultura y razón práctica*. Barcelona: Gedisa.

SALMON, W. 1982 Causality in Archaeological Explanation. (RENFREW, C. et. al. eds.) op. cit.

1990 Scientific Explanation: Causation and Unification. *Crítica, Revista Hispanoamericana de Filosofía*, 22, 66: 3-23

1992 Explanation in Archaeology: An Update. (EMBREE, L. ed.) *Metaarchaeology*: 243-253. The Netherlands: Kluwer Academic Publishers.

1990 On the Possibility of Lawful Explanation in Archaeology. *Crítica, Revista Hispanoamericana de Filosofía*, 22, 66: 87-113.

TRIGGER, B. 1992 [1989] *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.